

intimamente ligadas a las características del desarrollo histórico de Italia. Y estrechamente relacionado con ese problema: el papel de los intelectuales en la creación del "nuevo" Estado, su función en el movimiento revolucionario que comenzaba a ponerse en marcha. Aun los temas más ajenos, en apariencia, de las ideas centrales que estructuran la monumental obra, tienen su razón de ser, su "lugar", su sentido en el análisis dialéctico, es decir, integral, rico y complejo, de la realidad italiana. Para Gramsci no se trata de "disecar" la realidad, sino justo lo contrario, de estudiarla como una totalidad viva y dinámica compuesta de un número de factores, de "momentos" que la informan. La "filosofía de la praxis", para él, es humanismo integral porque estudia lo mismo las fuerzas económicas que las espirituales, en sus interrelaciones recíprocas, dialécticas. Las investigaciones de Gramsci son un modelo, que debiera estudiarse siempre, de análisis marxista. Nada más alejado de su formación intelectual que el dogmatismo, que los análisis fáciles y esquemáticos, que el espíritu sectario. De ahí que sus páginas nos parezcan siempre una fuente de pensamiento fresco, inteligente y diligente en la elaboración científica.

Hemos elegido un poco al azar —de aquí y de allá— los textos de Gramsci que presentamos a continuación. Hemos procurado, no obstante, "trabarnos" de tal manera que tengan un sentido unitario, que revelen el pensamiento de Gramsci sobre un cierto orden de problemas; en particular, la idea del partido político como constructor del "nuevo" Estado, como semilla de lo que más tarde llegará a constituir una renovación social, política, e incluso la renovación de una concepción del mundo. El partido político como agente constructor de una "voluntad unitaria colectiva" que tiende a convertirse en universal y soberana en un territorio determinado, es decir, que tiende a constituirse en Estado, que quiere ser el Estado; y todo ello visto con un criterio realista, científico, de la política, tomando en cuenta todos los factores que permiten, o impiden, la realización de aquella tarea infinita, si se nos permite la expresión.

Por tales motivos Gramsci nos recuerda el "mito" del príncipe de Maquiavelo, extraordinariamente ilustrativo de lo que significa una política coherente, realista, profundamente ligada al proceso histórico de un pueblo. En Maquiavelo, quién está destinado a crear el nuevo Estado italiano, unitario y nacional, adecuado a las necesidades de su tiempo, es *El Príncipe*, el soberano absoluto. Para Gramsci, la creación de un Estado que responda a las exigencias de nuestra época le corresponde al partido político, y más particularmente, al partido de la clase obrera: él es el príncipe de nuestros días, *El Moderno Príncipe*.

Uno de los problemas más íntimamente vinculados con esta cuestión es el de la unidad entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción; tal problema, en Gramsci, se presenta históricamente como el problema de la unificación, en el partido político, de "masa" e "intelectuales", es decir, de la acción y de la razón de la acción. Pero ello entendido dialécticamente: como dos momentos cuyo contacto no sólo significa cambio cuantitativo sino también, y sobre todo, cualitativo.

MAQUIAVELO Y EL NUEVO PRINCIPE

Por Antonio GRAMSCI

LA CARACTERÍSTICA fundamental de *El Príncipe* consiste en no ser un tratado sistemático sino un libro "viviente", en el que la ideología política y la ciencia política se confunden en la forma dramática del "mito"... un *condottiero* que representa plástica y "antropomórficamente" el símbolo de la "voluntad colectiva". El proceso de formación de una determinada voluntad colectiva para un determinado objetivo político, está representado... como cualidades, características, deberes, necesidad de una persona concreta.

Tal parece que las intenciones de Maquiavelo al escribir *El Príncipe*, hayan sido más complejas y más "democráticas" de cuanto parece a la interpretación "democrática". Maquiavelo considera que es tan grande la necesidad del Estado unitario-nacional que se aceptará que, para alcanzar ese fin primordial, se utilicen los medios idóneos. Por consiguiente, puede afirmarse que Maquiavelo se propuso educar al pueblo, pero no en el sentido que comúnmente se da a esta expresión, o cuando menos, no en el sentido que le han dado ciertas corrientes democráticas. Para Maquiavelo, educar al pueblo no significa otra cosa que darle la conciencia, convencerlo de que solo existe una política: la realista, para alcanzar el fin deseado y que, por tanto, es preciso ceñirse a los mandatos del Príncipe que ha elegido un cierto camino para lograr sus propósitos; puesto que solamente quien quiere los fines quiere los medios necesarios para alcanzarlos. La posición de Maquiavelo, en este sentido, se aproxima a la de los teóricos y políticos de la filosofía de la praxis, que también se han esforzado por construir y defender un "realismo" popular, de masa, y han luchado contra una forma de "jesuitismo" correspondiente a otras circunstancias. La "democracia" de Maquiavelo está adaptada a su tiempo: el consentimiento activo de las masas populares a favor de la monarquía absoluta, en cuanto significa la limitación y destrucción de la anarquía feudal, de la servidumbre, del poder de los papas y en cuanto significa la fundación de grandes Estados territoriales nacionales, función que la monarquía absoluta no podía cumplir sin el apoyo de la burguesía y de un ejército permanente, nacional, centralizado, etc.

En realidad, a pesar de que *El Príncipe* tuvo un destino preciso, posiblemente se pueda decir que no fue escrito para nadie y que lo fue para todos; está escrito para un hipotético "hombre providencial" que podría manifestarse, como se manifestaron Valentino y otros *condottieri*, de la nada, sin tradición dinástica, sólo por sus cualidades militares excepcionales. La conclusión de *El Príncipe* justifica el libro entero, aun ante las masas populares, que realmente olvidan los medios utilizados para alcanzar un objetivo si este objetivo es históricamente progre-

sista; en otros términos, resuelve los problemas esenciales de la época y establece un orden dentro del que es posible moverse, actuar, trabajar tranquilamente. En las interpretaciones de Maquiavelo se olvida que la monarquía era en aquellos tiempos una forma de gobierno popular y que se apoyaba en los burgueses contra los nobles...

... ciertamente Maquiavelo no deseaba enseñar a los príncipes las "máximas" que ellos conocían y utilizaban. Quería, sobre todo, enseñar la "coherencia" del arte de gobernar y la coherencia exigida por una cierta finalidad: la creación de un Estado italiano unitario. *El Príncipe* no es un libro de "ciencia", entendido académicamente, sino de "pasión política inmediata", un "manifiesto" de partido con fundamento en una concepción "científica" del arte de la política. En verdad, Maquiavelo enseña la "coherencia" de los medios "bestiales"...; pero esta "coherencia" no es algo meramente formal, sino la forma necesaria de una determinada línea de política actual. Que después, de la exposición de Maquiavelo, se puedan obtener elementos de una "política pura", es otro problema; ello tiene que ver con el lugar que ocupa Maquiavelo en el proceso de formación de la ciencia política moderna, que no es nada despreciable.

Las razones por las que Maquiavelo escribió *El Príncipe* y las otras obras no es un simple problema de cultura o de psicología del autor: en parte, tal cosa explica la fascinación que ejercen sus escritos, su vivacidad y originalidad. No se trata, ciertamente, de "tratados" de tipo medieval; tampoco de obras de un abogado forense que quiere justificar las operaciones y la manera de actuar de sus "protectores", o incluso de su príncipe. Las obras de Maquiavelo son de carácter "individual", expresiones de una personalidad que desea intervenir en la política y en la historia de su país y en tal sentido tienen un origen "democrático".



Maquiavelo. "se propuso educar al pueblo"

En Maquiavelo hay la "pasión" del "jacobino", por ello debió gustar tanto a jacobinos e iluministas...

Maquiavelo, por entero, es hombre de su época; y su ciencia política representa la filosofía de su tiempo, que tiende a la organización de las monarquías nacionales absolutas, la forma política que permite y facilita un desarrollo posterior de las fuerzas productivas burguesas.

* * *

El moderno príncipe —el mito príncipe— no puede ser una persona real, un individuo concreto; solamente puede serlo un organismo, un elemento complejo de la sociedad en el cual, con anterioridad, haya tenido inicio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo existe ya como resultado del proceso histórico: es el partido político, la primera célula en la que se resumen gérmenes de voluntad colectiva que tienden a convertirse en universales y totales.

Se ha dicho que, en la época moderna, el protagonista del nuevo Príncipe no podría ser un héroe personal, sino el partido político, es decir, en cada ocasión y en las diversas relaciones internas de las distintas naciones, aquel determinado partido que se propone (y está racional e históricamente fundado para lograr dicho objetivo) fundar un nuevo tipo de Estado.

... formación de una voluntad colectiva nacional-popular, de la que el moderno Príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y actuante, la reforma moral e intelectual... Una parte importante del moderno Príncipe deberá estar dedicada al problema de una reforma intelectual y moral, es decir, al problema religioso o de una concepción del mundo.

Evidentemente será necesario considerar el grupo social del que el partido político es expresión y exponente más avanzado: es decir, la historia de un partido no podrá no ser la historia de un determinado grupo social... partido no es más que una nomenclatura de clase, siendo evidente que para el partido que se propone cancelar las divisiones de clase, su perfección y plenitud consiste en no existir más, porque no existen clases ni, en consecuencia, sus expresiones.

Cuando el partido es progresista funciona "democráticamente" (en el sentido de un centralismo democrático), cuando el partido es reaccionario funciona "burocráticamente" (en el sentido de un centralismo burocrático). En este segundo caso, el partido es puramente ejecutor, no delibera: técnicamente es un órgano de policía y su nombre de partido político es una pura metáfora de carácter mitológico.

Dado el principio de que existen dirigidos y dirigentes, gobernantes y gobernados, es indudable que los "partidos" son hasta hoy el medio más adecuado para formar a los dirigentes y su capacidad de dirección.

La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (la conciencia política) es la primera fase de una ulterior y progresiva autoconciencia en que teoría y práctica finalmente se unifican. En fin, la unidad entre teoría y práctica no es un hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de "distinción", de "diferencia", de inde-

pendencia, todavía instintivos, y progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria. He aquí por que es necesario poner de relieve que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico y no solo político-práctico, porque necesariamente contiene y supone una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y que se ha convertido, dentro de estrechos límites, en crítica. Y más aún, en los recientes desarrollos de la filosofía de la praxis, la investigación a fondo del concepto de unidad entre teoría y práctica no está sino en su momento inicial: quedan todavía residuos de mecanicismo, puesto que se habla de teoría como "complemento", "accesorio" de la práctica, de teoría como servidora de la práctica. Es justo que también esta cuestión sea planteada históricamente, es decir, como un aspecto del problema político de los in-



"expresiones de una personalidad"

telectuales. Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se "distingue" y no llega a ser independiente "por sí misma" sin organizadores (en sentido amplio) y no hay organización sin intelectuales, es decir, sin organizaciones y dirigentes, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un "trato" de personas "especializadas" en la elaboración conceptual y filosófica...

Sin embargo, en el proceso se repiten continuamente momentos en que, entre masa e intelectuales (o ciertos intelectuales o un grupo de ellos) se presenta un "alejamiento", una pérdida de contacto y por tanto la impresión de lo "accesorio", de complemento, de subordinación. Insistir en el elemento "práctica" del nexo teoría-práctica, después de haber dividido, separado, y no solo después de haber distinguido los dos elementos (operación meramente mecánica y convencional) significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva, una fase todavía económico-corporativa, en la que se transforma cualitativamente el cuadro general de la "estructura" y la cua-

lidad-superestructura adecuada está en vía de surgimiento, pero todavía no está orgánicamente formada. Es de subrayarse la importancia y el significado que tienen, en el mundo moderno, los partidos políticos, en la elaboración y difusión de las concepciones del mundo, en cuanto esencialmente elaboran conforme a ellas la ética y la política, es decir, funcionan casi como "experimentadores" históricos de dichas concepciones. Los partidos seleccionan individualmente a la masa que actúa, y la selección tiene lugar lo mismo en el plano práctico que en el teórico, con una relación más estrecha entre teoría y práctica cuando la concepción, vital y radicalmente, es innovadora y antagónica de los viejos modos de pensar. Por esa razón se puede decir que los partidos son los constructores de las nuevas "inteligencias" integrales y totales, es decir, el crisol de la unificación entre teoría y práctica entendida como proceso histórico real; se entiende que es necesaria la participación por adhesión individual y no a la manera "laborista" porque, si se trata de dirigir orgánicamente a "toda la masa económicamente activa", se trata de dirigirla no según los viejos esquemas, sino innovando, y la innovación no puede llevarse a cabo a partir de la "masa", en sus primeros estadios, sino por el intermedio de una élite en la cual, la concepción implícita en la actividad humana, haya llegado a ser en una cierta medida conciencia actual, coherente y sistemática, voluntad precisa y decidida.

Si se plantea el problema de identificar teoría y práctica, es en este sentido: de construir sobre una práctica determinada una teoría que, coincidiendo e identificándose con los elementos decisivos de la práctica misma, acelere el proceso histórico en devenir, produciendo una práctica más homogénea, coherente, eficiente en todos sus elementos, es decir, vigorizándola al máximo o bien, dada una cierta posición teórica, de organizar el elemento práctica que es necesario para su realización. La identificación de la teoría y de la práctica es un acto crítico, por el que la práctica se demuestra racional y necesaria, y la teoría realista y racional. De ahí que el problema de la identidad entre teoría y práctica se plantee especialmente en ciertos momentos históricos llamados de transición, es decir, de movimiento transformador más acelerado, cuando realmente las fuerzas prácticas desencadenadas piden justificación para ser más eficaces y expansivas, o bien se multiplican los programas teóricos que piden también ser justificados realísticamente, en tanto demuestran ser asimilables a los movimientos prácticos, que solo así llegan a ser más prácticos y reales.

Cuando la vida económica inmediata de una nación está subordinada a las relaciones internacionales, tanto más un determinado partido representa esta situación y la disfruta, para impedir el éxito de los partidos adversarios... De esta serie de hechos se puede llegar a la conclusión de que, frecuentemente, el llamado "partido del extranjero" no es precisamente el que de común está identificado como tal, sino más bien el partido más nacionalista, que en realidad, más que representar las fuerzas vitales del propio país, representa la subordinación y la servidumbre económica respecto a la nación o grupo de naciones que tienen la hegemonía.

(Traducción de Víctor Flores Olea.)